

Reseña

Benjamín Moffit

Populismo. Guía para entender la palabra clave de la política contemporánea.

1a Edición. Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2022. 175 págs. ISBN 978-987-801-146-2

Reseña de Ignacio Soto
Universidad Nacional de Córdoba

El profesor Benjamin Moffit, politólogo de la Universidad de Melbourne en Australia, presenta su libro como una guía “para entender la palabra clave de la política contemporánea” (portada); como “la primera introducción accesible al tema en cuanto concepto de la *teoría política*” (pág. 19). Consiste en una organización de abordajes e interpretaciones de una variedad de autores ubicados en una misma perspectiva epistemológica. Moffit no lleva a cabo análisis de casos o procesos que aporten elementos o perspectivas nuevas; trabaja con el material aportado por las obras seleccionadas. Las referencias a experiencias concretas no tienen por finalidad poner a prueba las categorías organizativas propuestas sino, a la inversa, mostrar la eficacia heurística de esas categorías respecto de los fenómenos referidos.

El libro es, ciertamente, de carácter introductorio y su lectura accesible; la revisión y clasificación que postula se mantiene dentro de los límites epistemológicos de autores que, en líneas generales, se ubican dentro de las que han venido en denominarse corrientes posestructuralistas y posmarxistas, a las que el propio Moffit adscribe, particular-

mente en su libro anterior (*The Global Rise of Populism. Performance, Political Style, and Representation*, 2016). Este acotamiento trae a la memoria lo que el sociólogo Alejandro Portes denominó “monocultivo teórico”, refiriéndose a la proclividad a tomar en cuenta únicamente las fuentes y referencias generadas por la corriente de análisis a la que un autor se adscribe. Al mismo tiempo, la temporalidad delimitada en lo contemporáneo del populismo no se ubicaría dentro de una cronología del amplio devenir social sino de una genealogía del pensamiento académico: la instalación de las mencionadas corrientes para el análisis e interpretación de la fenomenología política de nuestras sociedades.

En la visión del autor y de sus fuentes el populismo es un fenómeno eminentemente político, una combinación de elementos discursivos provenientes de una variedad de “ismos” preexistentes, sin una articulación definida con una particular configuración del conjunto de determinaciones que constituyen realidad social; una palabra con la que es posible señalar una variedad extraordinariamente amplia de objetos. “Populismo” no es la conclusión de una indagación o un razonamiento sino su punto de partida. Este punto de partida es tributario de las críticas al alegado estructuralismo que habría caracterizado a los estudios del populismo latinoamericano hasta la irrupción del neoliberalismo en los ámbitos académicos e incluso en trabajos fundamentales sobre los populismos rusos y estadounidense posterior a la guerra civil. La temporalidad implicada en la aludida contemporaneidad del populismo como fenómeno global no radica tanto en el surgimiento de factores que erosionaron los escenarios en los que aquellos populismos se configuraron, sino en intentos interpretativos de conciliar algunos elementos de sus rasgos institucionales o retóricos con acciones y políticas que aquellos estudios consideraban típicas del populismo: la irrupción de los *neopopulismos* de la década 1980, la combinación “inesperada” de populismo y políticas y reformas neoliberales. A partir de esta sorpresa se plantea la posibilidad y conveniencia de una separación analítica de los estilos y discursos de los regímenes políticos de sus acciones y políticas efectivas; de lo que los actores proclaman de lo que hacen, y de lo que hacen y cómo lo hacen: la “ambigüedad constitutiva” del populismo, según Mény y Surel.

El populismo es mirado ahora no como el resultado contingente de una pluralidad de dimensiones, niveles y actores con intereses diferenciados e incluso contradictorios, sino “en cuanto *teoría política*” con aspiraciones normativas, una teoría que se sostiene en sí misma, en su propio discurso, con considerable independencia no sólo de los escenarios políticos y las formaciones sociales en los que se formula sino también y, sobre todo, de los fines colectivos que los orientan. Desde la historia y la antropología varios autores (por ejemplo Wolf, Wood y más tradicionalmente Brinton o Sabine) han señalado el hecho, frecuentemente olvidado en las aulas universitarias, que en las biografías de los grandes constructores de la teoría política en cuanto teoría *de* la política hay siempre un involucramiento práctico, una toma de posición en los conflictos políticos de su tiempo.

El libro se organiza en cinco capítulos. En el primero enfoca las respuestas que la literatura ofrece a la pregunta “¿Qué es el populismo?”. Moffit encuentra tres posiciones: ideacional, estratégica y discursiva-performativa. En la primera el populismo es una *ideología*, un conjunto de proposiciones normativas; lo central en ella es la contradicción pueblo/élites, el primero como depositario y expresión de valores positivos, las élites como expresión de todo lo opuesto. Una concepción que presenta al pueblo como categoría homogénea, sin contradicciones internas, o si estas existen son secundarias respecto de las que lo confrontan hacia “afuera”.

En el enfoque estratégico el populismo es *una manera de hacer política*, de procurar, alcanzar y conservar el poder más allá de lo que los propios populistas (gobiernos, regímenes, líderes, etc.) dicen e incluso de lo que hacen. Afirma la existencia de una relación directa líder-pueblo, con tendencia fuerte de aquel a la demagogia y la proclividad a la corrupción como herramienta para preservar y ampliar el poder. La mirada incluye a las experiencias latinoamericanas de la segunda mitad del siglo XX y sobre todo a las más recientes de la “marea rosa” de las primeras décadas del actual.

Finalmente, como fenómeno discursivo-performativo, el populismo es por sobre todo una *enunciación* que presenta como eje central el conflicto pueblo vs élites. Esas categorías no son preexistentes al populismo sino que éste las construye a través de su propia práctica; *discurso* no es aquí simple construcción retórica de un enunciado sino compatibilidad entre ésta y una práctica objetiva. Es muy clara la influencia de Laclau, para quien toda política es populista (*La razón populista*, 2005) y la “tarea principal” de la política (“radical” en el sentido de Mouffe) es la construcción de un pueblo. En otras palabras: la construcción de una fuerza política propia, el tejido de alianzas, la definición de adversarios, de quiénes son los amigos y quiénes los enemigos (la “esencia de la política” según Carl Schmitt con cuya concepción Mouffe ha coqueteado en algunas obras aunque rechazando el esencialismo racista explícito en la versión del jurista nazi).

Moffit presta poca atención a que estas tres sistematizaciones no son recíprocamente excluyentes ni siquiera manteniéndose en el plano abstracto de la formulación de ideas. Hacerlo habría requerido “bajar” de la construcción literaria a la “dialéctica de lo concreto” (Kosik), pero esa no es la intención del autor, quien se limita a destacar que dentro de cada una de estas tres formulaciones el populismo no es una categoría binaria o dicotómica sino gradacional: el objeto (partido, movimiento, gobierno, dirigente, ideología) o es populista o no lo es, sino que por lo regular en un mismo caso están presentes diversos grados de populismo. Este sería por lo tanto una especie de variable conceptual (en el sentido de Nettl) o un caso particular de elasticidad conceptual (Sartori).

El libro dirige luego la mirada hacia las afinidades y discordancias entre el populismo y otros fenómenos diferentes y anteriores a él pero que los autores incorporan a sus respectivas conceptualizaciones.

El capítulo 2 se dedica a las relaciones entre populismo y nacionalismo. La pregunta fundamental del nacionalismo es, según Moffit, la que indaga quién es “el otro” y qué tipo de relación se entabla con ese otro, partiendo de la base que siempre es, en cierto grado, una relación conflictiva. En el nacionalismo la relación es horizontal entre el adentro (la nación) y el afuera; en el populismo la relación y el conflicto son verticales, entre un “abajo” (pueblo) y un “arriba (élites, poder). El momento de conjunción se advierte en la construcción del sujeto como *pueblo-nación*, propia del populismo de izquierda, mientras que en el de derecha más que de nacionalismo correspondería hablar de *nativismo*: el “otro” es tal por extranjero, independientemente de cualquier otra característica. Moffit no advierte que frecuentemente el nativismo es un modo o atajo ideológico de encubrir otro tipo de antagonismo, principalmente de clase. Hannah Arendt en *Los orígenes del totalitarismo* y posteriormente Nicos Poulantzas en *Fascismo y dictadura* demostraron que el antisemitismo fue manipulado en los años iniciales del régimen nazi como una especie de sustituto funcional contra la banca, el comercio y otras actividades económicas con fuerte presencia judía, reduciendo el potencial de solidaridad de clase o simplemente corporativa no judía hacia sus homólogos judíos de clase, particularmente cuando el conflicto interno entre las SA y las SS aún no se había saldado –es decir, una forma de construir al enemigo a partir de determinados objetivos políticos. Tampoco hay interés en los diferentes modos de entrecruzamiento entre la dialéctica horizontal del nacionalismo y la dialéctica vertical del populismo, ni por tanto en esa identidad *nacional-popular* que nutre muchas de las más consistentes configuraciones de la democracia en nuestras latitudes.

El capítulo 3 (“Populismo y socialismo”) es confuso. Por un lado el autor adopta como referencia de *socialismo* la versión diluida instalada en la mayor parte de los países europeos a partir de la crisis del Estado de Bienestar y de la resignación ante el neoliberalismo que tanto contribuyó a la casi desaparición de la socialdemocracia en países como Alemania, Francia, Italia, Austria o el Reino Unido (inevitable no acordarse del *nuevo laborismo* de Tony Blair y la *tercera vía* de Giddens). Al mismo tiempo plantea como una de las diferencias fundamentales con el populismo el supuesto clasismo del socialismo como si esas metamorfosis, notorias en la realidad política, no existieran en la teoría: “la índole clasista que tiene ‘el pueblo’ en el socialismo” cuando se la confronta “con una caracterización más universal en el contexto del populismo” (págs. 90-91). No advierte que el clasismo socialdemócrata de los tiempos actuales es, en el mejor de los casos, el tributo retórico a un pasado y una configuración social que ya no existen –la clase es remplazada por la ciudadanía–; tampoco advierte que la mayor universalidad del pueblo del populismo siempre conserva una dimensión de clase embanderada con las reverberaciones de lo nacional. Lo mismo cabe señalar respecto de la relación “socialismo = estatismo”. Plantear el estatismo

como típico del socialismo es del todo anacrónico; todas las variantes del populismo contemplan algún modo de articulación y recíproca funcionalidad entre estado y mercado. En ninguno de esos casos cuánto de uno y de otro son definidos a priori o en abstracto, sino a partir de las configuraciones efectivas y las correlaciones de fuerzas existentes.

Los capítulos 4 y 5 agrupan las respuestas que ofrece la literatura consultada respecto de la relación populismo-liberalismo y populismo-democracia. Aunque liberalismo y democracia no son lo mismo, el libro superpone ambos temas. ¿Es el populismo una amenaza al liberalismo y a la democracia liberal, o al contrario debe ser visto como una democracia no liberal? No discierne Moffit y tampoco lo hacen muchos de los autores tomados en cuenta, que la del liberalismo no es la única forma o estilo o modo de democracia, y el populismo que es visto por algunos autores como un enemigo de la democracia es interpretado por otros como una ampliación de esta, como intentos de expandir la democracia hasta “los bordes del liberalismo” (Arditi, Taguieff, Canovan en sus trabajos más recientes) e incluso más allá. Algunos de estos autores son traídos a colación por Moffit, pero la atención de ambos capítulos da prevalencia a la irrupción de los populismos de extrema derecha, intemperantes y xenófobos de la Europa contemporánea. Al prescindir de la consideración de los objetivos perseguidos por cada fenómeno populista, la distinción de un populismo de derecha y uno de izquierda es casi un asunto de definición ideológica, independiente también de los resultados.

A un texto que se autodefine como introductorio no corresponde exigirle un capítulo de conclusiones, a pesar de lo ambiciosos de los resultados que el autor asigna a su obra, que ya señalamos. Habría sido bueno contar con algunas reflexiones de síntesis propias más allá de su adscripción a una particular epistemología social, o una cierta distancia analítica a partir de las cuales el autor construye su razonamiento. En ausencia de esto, el populismo sigue siendo apenas una *palabra* que, por su propia ambigüedad, dista mucho de ser *clave* para la comprensión de la política contemporánea.